

LA TRIBUNA

# Navidades en tiempo de crisis

JUAN ANTONIO ESTRADA | ACTUALIZADO 22.12.2012 - 01:00

1 comentario 4 votos

Me gusta 2 Twittear 0 COMPARTIR

LAS navidades se han transformado desde hace decenios en las fiestas de fin de año. Forman parte del ciclo en el que despedimos e inauguramos una nueva fase, cuyo epicentro es la Nochevieja y año nuevo. Y este año serán diferentes, incluso más que en 2011. La crisis se ha afianzado, el tejido familiar está sobrecargado, la desesperanza y el desánimo aumentan en la población y el final del túnel se retrasa. Los comerciantes se temen lo peor, mucho más cuando cientos de miles de personas se quedan sin paga extraordinaria.

Por eso, ¡a la fuerza ahorcan! serán unas fiestas más sobrias, con menos regalos y derroches, propios de los excesos de otros años. La mayor fiesta consumista del año perderá esplendor. Y el contraste entre nuestros deseos, reforzados por la maquinaria publicitaria, y nuestras capacidades reales aumentará.

No cabe duda de que esto llevará consigo la tristeza para muchas personas. Y no sólo para los que intentan vivir por encima de sus posibilidades, ya que la carencia de los bienes necesarios, unido al desempleo, hará que en bastantes hogares la precariedad e incluso el hambre sean una realidad amenazante. ¡Quién lo hubiera dicho hace años, cuando se nos prometía crecer en el club de los países ricos y alcanzar a los mejores! A la tragedia de hogares sin o con poca comida, de niños sin juguetes y de adultos sin trabajo, sólo se puede responder desde la solidaridad efectiva y práctica de los que tienen las tres cosas. Y esto no es sólo para los cristianos que celebran la llegada del Dios los pobres, sino para todos los hombres de buena voluntad.

Hay que aprovechar la crisis y hacer de la necesidad virtud. Cuando España era pobre, ¡no hace tantos decenios!, la Navidad era una fiesta familiar. Se consumía modestamente, pero se aprovechaba para reencontrar a los seres queridos. Había pocos regalos, que por eso se valoraban más, pero abuelos, padres, nietos, y también amigos y conocidos se intercambiaban deseos y felicitaciones, reforzando vínculos comunitarios. Y esto sigue siendo posible en la Navidad de la crisis, porque la prosperidad material de la sociedad ha ido acompañada de una pérdida de relaciones interpersonales, un deterioro de los lazos familiares y un creciente aislamiento de las personas.

Se habla ya de la "muchedumbre solitaria", en una sociedad en la que estamos rodeados por la gente desde que nos levantamos hasta que nos acostamos, pero que está marcada por la superficialidad y banalidad de las relaciones interpersonales. El hombre de la sociedad moderna, mucho más en las grandes ciudades, se siente cada vez más solo en la multitud. Abundan los conocidos, los *colegas* y los contactos, y escasean los amigos, los cercanos, aquellos con los que se comparte lo que es importante en la vida. En Navidad mucha gente se siente más sola y se pregunta si hay otros que lo quieren y se acuerdan de uno, más allá del banal "felices fiestas". El peso de la soledad y el aislamiento se afianza estos días y, según las estadísticas, son fechas en las que aumentan los suicidios, que en España está en torno a casi diez personas cada día.

Por eso, la crisis navideña referente al consumo podría ser un acicate para reencontrar su trasfondo humano. Para los cristianos porque nace un niño que hizo de la solidaridad entre Dios y los hombres el centro de su vida. Para todos, porque la Navidad es una tradición humanista, familiar, solidaria, que nos recuerda lo que da valor a la vida: querer y sentirse querido por los otros. Y esto sigue siendo posible y verdadero, aunque se experimente en torno a una comida simple y pobre, sin alardes consumistas. Lo más importante no es lo que se tiene y se consume, sino con quiénes se comparte y si la reunión es una expresión del cariño que existe entre los participantes.

Paradójicamente, lo segundo suele faltar más en hogares que tienen muchos bienes de consumo que en aquellos que no lo tienen. Porque fácilmente caemos en la tentación de suplir las relaciones personales con regalos y cosas. Cuanto menos se quiere a los otros, mayor es la tentación de acumular cosas para encubrirlo. ¡Ojalá que las navidades de la crisis nos hagan volver al mensaje de la Navidad: amor de Dios para los hombres y justicia y solidaridad para la sociedad de la crisis!

1 comentario 4 votos

Me gusta 2 Twittear 0 COMPARTIR

PUBLICIDAD